

Y entrando un día, — ¿Qué tal? —
le preguntó el confesor.
Y el relojero imperial
dijo: — Yo ando bien, señor;
pero mis relojes mal.

— Recibid mi parabién, —
siguió el noble confidente;
— mas yo creo que también,
si ellos andan malamente,
vos, señor, no andáis muy bien.

¿No fuera una ocupación
más digna, unir con paciencia
otros relojes, que son,
el primero el corazón,
y el segundo la conciencia? —

Dudó el Rey cortos momentos,
mas pudo al fin responder:
— ¡Sí! más ó menos sangrientos,
sólo son remordimientos
todas mis dichas de ayer.

Yo, que agoto la paciencia
en tan necia ocupación,
nunca pensé en mi existencia

en poner el corazón
de acuerdo con la conciencia.

Y cuando esto profería,
con su *tic-tac* lastimero,
cada reloj que allí había
parece que le decía:
— ¡Majadero! ¡Majadero!...

— ¡Necio! — prosiguió, — al deber
debí unir mi sentimiento,
después, si no antes, de ver
que es una carga el poder,
la gloria un remordimiento. —

Y los relojes sin duelo
tirando de diez en diez,
tuvo por fin el consuelo
de ponerlos contra el suelo
de acuerdo una sola vez.

Y añadió: — Tenéis razón:
empleando mi paciencia
en más santa ocupación,
desde hoy pondré el corazón
de acuerdo con la conciencia.

LXXI

LO QUE HACE EL TIEMPO

A BLANCA ROSA DE OSMA

Con mis coplas, Blanca Rosa,
tal vez te cause cuidados,
por cantar
con la voz ya temblorosa,
y los ojos ya cansados
de llorar.

Hoy para tí sólo hay glorias,
y danzas y flores bellas;
mas después,
se alzarán tristes memorias,
hasta de las mismas huellas
de tus pies.

En tus fiestas seductoras,
¿no oyes del alma en lo interno
un rumor,
que lúgubre á todas horas,
nos dice que no es eterno
nuestro amor?

¡Cuánto á creer se resiste
una verdad tan odiosa
tu bondad!
Y esto ¡fuera menos triste,
si no fuera, Blanca Rosa,
tan verdad!

Te aseguro, como amigo,
que es muy raro, y no te extrañe,
amar bien:
siento decir lo que digo;
pero, ¿quieres que te engañe
yo también?

Pasa un viento arrebatado,
viene amor, y á dos en uno
funde Dios;
sopla el desamor helado,
y vuelve á hacer, importuno,
de uno, dos.

Que amor, de egoísmo lleno,
á su gusto se acomoda
bien y mal;
en él hasta herir es bueno,
se ama ó no ama, aquí esta toda
su moral.

¡Oh! ¡qué bien cumple el amante,
cuando aun tiene la inocencia,
su deber!
Y ¡cómo, más adelante,
aviene con su conciencia
su placer!

¿Y es culpable el que, sediento,
buscando va en nuevos lazos
otro amor?
¡Sí! culpable como el viento
que, al pasar, hace pedazos
una flor.

¿Verdad que es abominable
que el corazón vagabundo
mude así,
sin ser por ello culpable,
porque esto pasa en el mundo
porque sí?

Se ama una vez sin medida,
y aun se vuelve amar sin tino
más de dos.
Cuán versátil es la vida!
¡Cuán vano es nuestro destino,
Santo Dios!

Él lleve tu labio ayuno
á algún manantial querido
de placer,
donde dichosa, ninguno
te enseñe nunca el olvido
del deber.

Siempre el destino inconstante
nos da cual vil usurero
su favor:
da amor primero y no amante;
después mucho amante, pero
poco amor.

Tranquila á veces reposa,
y otras se marcha volando
nuestra fe.
Y esto pasa, Blanca Rosa,
sin saber cómo, ni cuándo,
ni por qué.

Nunca es estable el deseo,
ni he visto jamás terneza
siempre igual.
Y ¿á qué negarlo? No creo
ni del bien en la fijeza,
ni del mal.

Este ir y venir sin tasa,
y este moverse impaciente,
pasa así,
porque así ha pasado y pasa,
porque sí, y ¡ay! solamente
porque sí.

¡Cuán inútil es que huyamos
de los fáciles amores
con horror,
si cuanto más las pisamos,
más nos embriagan las flores
con su olor!

El cielo sin duda envía
la lucha á la tormentosa
juventud;
pues, ¿qué mérito tendría
sin esfuerzos, Blanca Rosa,
la virtud?

¡Ay! un alma inteligente,
siempre en nuestra alma divisa
una flor,
que se abre infaliblemente
al soplo de alguna brisa
de otro amor.

Mas dirás: — ¿Y en qué consiste
que todo á mudar convida? —
¡Ay de mí!
En que la vida es muy triste...
Pero aunque triste, la vida
es así.

Y si no es amor el vaso
donde el sobrante se vierte
del dolor,
pregunto yo: — ¿Es digno acaso
de ocuparnos vida y muerte
tal amor? —

Nunca sepas, Blanca Rosa,
que es la dicha una locura,
cual yo sé;
si quieres ser venturosa,
ten mucha fe en la ventura,
mucha fe.

Si eres feliz algún día;
¡guay, que el recuerdo tirano
de otro amor
no se filtre en tu alegría,
cual se desliza un gusano
roedor!

Tú eres de las almas buenas,
cuyos honrados amores
siempre son
los que bendicen sus penas,
penas que se abren en flores
de pasión.

Con tus visiones hermosas,
nunca de tu alma el abismo
llenarás,
pues la fuerza de las cosas
puede más que Hércules mismo,
¡mucho más!...

Si huye una vez la ventura,
nadie después ve las flores
renacer

que cubren la sepultura
de los recuerdos traidores
del ayer.

¿Y quién es el responsable
de hacer tragar sin medida
tanta hiel?

¡La vida! ¡esa es la culpable!
La vida, sólo es la vida
nuestra infiel.

La vida, que desalada,
de un vértigo del infierno
corre en pos:
ella corre hacia la nada;
¿quieres ir hacia lo eterno?
Ve hacia Dios.

¡Sí! corre hacia Dios, y Él haga
que tengas siempre una vieja
juventud.

La tumba todo lo traga;
sólo de tragarse deja
la virtud.

LXXII

FIN Y MORAL DE LA ILÍADA

Después que Troya fué, severa Esparta,
muerto su Rey, de liviandades harta,
á Rodas sin piedad desterró á Elena,
donde la ahorcó celosa Polixena.
Pero antes que el honor del sexo bello
como un cisne al morir doblase el cuello,
la dijo así el verdugo: — ¿Por ventura,
quieres más que la dicha tu hermosura?
La Reina, que tu mal tanto desea,
te dejará vivir si te haces fea;

ponte estas hierbas sobre el rostro, hermosa,
y siendo horrible, vivirás dichosa.
¿No vale más ser fea afortunada,
que hermosa, y por hermosa desdichada? —
Calló el verdugo y suspiró; mas ella,
prefiriendo el no ser á no ser bella,
cogió el dogal, y se lo ató de suerte,
que, á su belleza fiel, se dió la muerte;
y más que vivir fea y venturosa,
prefirió ser ahorcada, siendo hermosa.

LXXIII

LA CIENCIA NUEVA DE VICO

I

A un cierto maestro ví
en cierto pueblo explicar
á varios niños, á mí,
y al sacristán del lugar;

Y recuerdo, aunque era un chico,
que comenzó de esta suerte:
— Ved: ciencia nueva de Vico;
nacimiento, vida y muerte.

Círculo de toda historia,
renacer tras de acabar:
fábula, entusiasmo, gloria,
la muerte, y vuelta á empezar.

Así, ya unida, ya rota,
sigue esta rueda fatal,
sin que se turbe una nota
del concierto universal.

Allá el Egipto entreveo;
vida, gloria, senectud,
Reyes — Pastores — Proteo.
Cambises; la esclavitud.

¡Cielo de dichas y penas!
Llega la Grecia. ¡Atención!
Los Argos — Esparta — Atenas.
Filipo; la humillación.

Mudando nombres y nombres,
en rápido movimiento
rodando van pueblos y hombres
cual hojas que arrastra el viento.

¡Fenicia! Ved á Sidón,
la reina antigua del mar.
Cartago — Pigmaleón.
Nabuco, y vuelta á empezar.

Dioses — Héroes — Invenciones.
Así, abyectas ó gloriosas,
van, como veis, las naciones,
los hombres, pueblos y cosas.

¡Roma! Tras su edad divina,
por César llega á Tiberio.
Numa — Catón — Mesalina, —
Reyes — República — Imperio.

Pasan así en raudos giro,
y en perpetua evolución,
Alejandro, como Ciro,
como César, Napoleón.

II

Y al ver que de nuevo empieza
su incesante torbellino,
poniéndonos la cabeza
cual la rueda de un molino,

— Ó vuestro Vico es un tonto,
ó yo no sé qué pensar, —
dijo al maestro de pronto
el sacristán del lugar.

— No es gran mérito el zurcir
la historia de esa manera;
nacer, crecer y morir;
eso lo sabe cualquiera.

Pese á vuestros pareceres,
¿no valdría mucho más
decir á todo: *Polvo eres,*
y en polvo te volverás?

Mira el maestro al que cree
llegar de Vico á la altura,
como quien dice: (— Este lee
los libros santos del cura.)

Y en su silencioso afán,
que esto imagina se infiere:
(— Dice bien el sacristán,
todo lo que nace muere.)

Y murmuró: (— De manera
que mi ciencia está de más,
si un libro santo cualquiera
enseña esto y mucho más.)

Y al fin, — ¡niños! — prorrumpió
— después de círculos tantos,
podréis saber más que yo
leyendo los libros santos.

Pues hoy por ellos me explico
cómo puede ser que sea
mucho más sabio que Vico
el sacristán de una aldea.

LXXIV

LA HISTORIA DE AUGUSTO

I

A Ovidio empieza á leer
su historia el Emperador,
pues dice que quiere ser,
cual César, autor y actor.

Hombre sin Dios y sin ley,
que de su provecho en pos,
pérfido antes, se hace Rey,
necio después, se hace Dios;

En su historia disculpaba
sus faltas cándidamente,
cosas que Ovidio escuchaba
con el rubor en la frente.

— ¿Verdad que al mundo hará honor
la que llamo *era Juliana?* —
dijo á Ovidio, el salteador
de la libertad romana.

Con un dictamen muy justo
quiso Ovidio honrar su labio;
porque al fin perdona Augusto,
después que se venga Octavio.

Y — francamente, señor, —
dijo, de modestia lleno,
— si sois bueno como actor,
como autor no sois tan bueno.

— Ó — con altivo semblante
replicó el Emperador
— que soy muy buen comediante,
pero muy mal escritor.

Selló el Rey su augusto labio,
calló Ovidio, no sin susto,
pues siempre al fin vengó Octavio
los disimulos de Augusto.

II

Cayó Ovidio en el desliz
de llamar, poco después,
á Livia, la Emperatriz,
«Ulises con guardapiés.»

Tuvo el Rey por ofensivo
este madrigal tan bello,
tomando esto por motivo
para vengarse de aquello.

Y á Ovidio desterró Augusto
de la Circasia á un rincón,
como buen tirano, injusto;
falso, cual buen histrión.

III

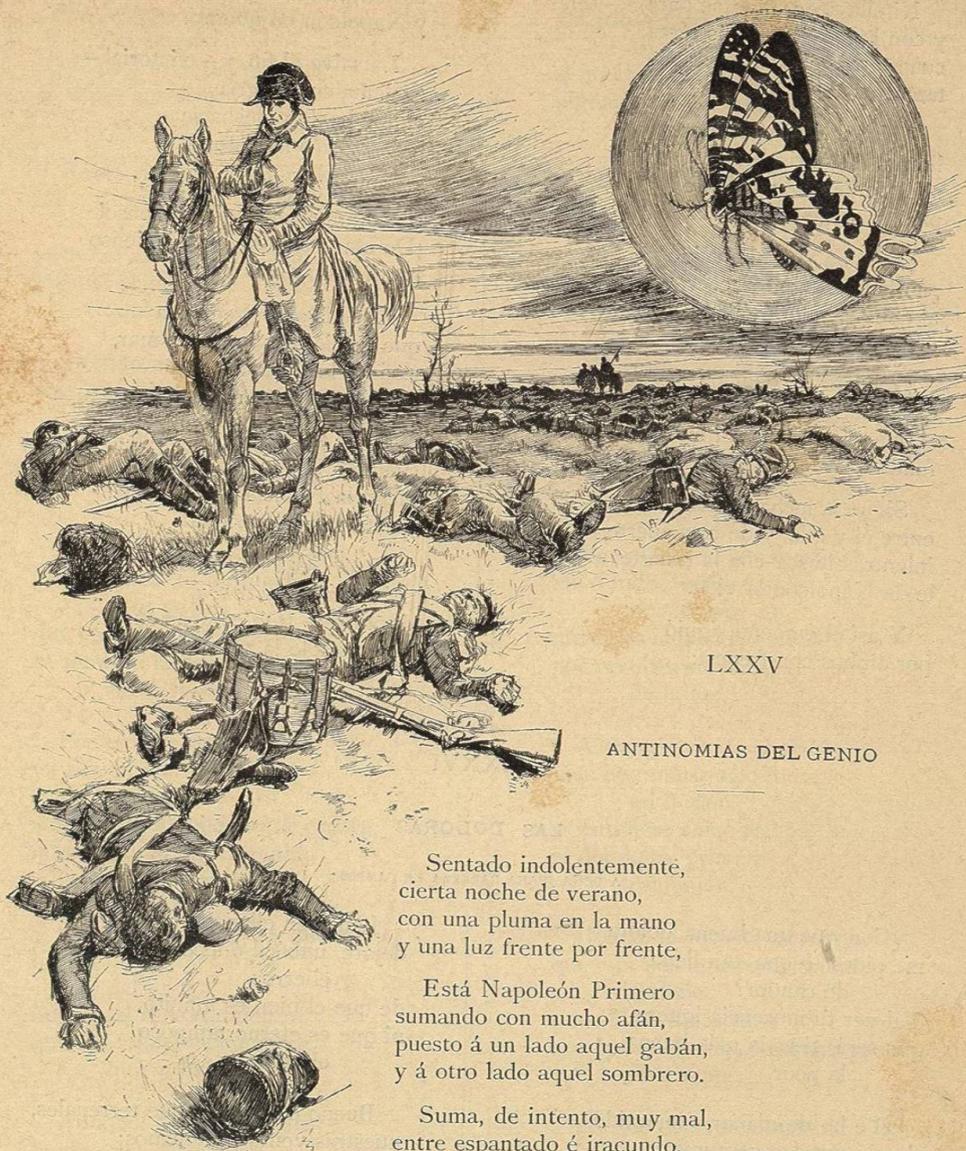
Muriendo Octavio inmortal,
entre grandes dignos de él,
les pregunta así: — ¿Qué ta
representé mi papel?

Y contesta Ovidio á Octavio
desde la orilla del Ponto:
— Representó como un sabio
lo que pensó como un tonto.

Murió Octavio, el iracundo;
pereció Augusto, el sagaz;
el que dió la paz al mundo,
ya ha dejado al mundo en paz.

Con que, *¿qué tal?* Lo repito
con más razón que despecho:
has hecho muy bien lo escrito,
y escrito mal lo que has hecho.

Doy al mundo el parabién.
¡Falso! aun preguntas *¿qué tal?*
Como cómico, muy bien;
como Emperador, muy mal.



LXXV

ANTINOMIAS DEL GENIO

Sentado indolentemente,
cierta noche de verano,
con una pluma en la mano
y una luz frente por frente,

Está Napoleón Primero
sumando con mucho afán,
puesto á un lado aquel gabán,
y á otro lado aquel sombrero.

Suma, de intento, muy mal,
entre espantado é iracundo,
todas las muertes que al mundo
costó su gloria imperial.

Y cuando ya á traslucir
llega una cifra espantosa,
se lanza una mariposa
sobre la luz á morir.

Su muerte próxima, al ver,
sintió el héroe compasión;
que al fin, aunque Napoleón,
era un hijo de mujer;

Y con benévola calma
la separó dulcemente,
pues los que matan la gente
pueden también tener alma.

Él, que *carne de cañón*
pudo á los hombres llamar,
ve á un insecto peligrar,
con pena en el corazón.